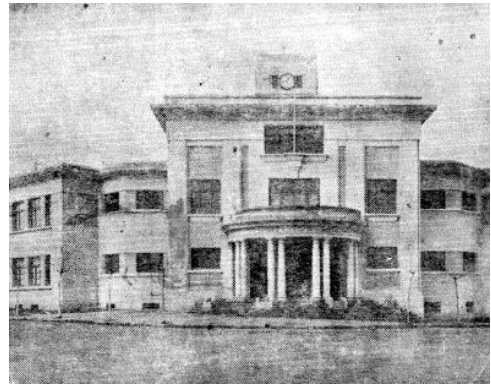


Los chicos de la Escuela de Comercio

Por Vicente Iglesias Martelo

Por los años cincuenta existía en La Coruña una incipiente Zona Escolar en la parte posterior del estadio de Riazor, en la que se integraban el Instituto Masculino, la Escuela de Magisterio, la de Náutica y la de Comercio.

Los que vivimos nuestra etapa escolar en aquellos años -segunda mitad de la década de los cincuenta- recordamos todo aquello rodeado de fincas de cultivo y con una pequeña población en el barrio de San Roque de Afuera. Íbamos en el tranvía número 3 que llegaba hasta Peruleiro y que era similar a los que hoy existen para los turistas, aunque entonces el viaje costaba treinta céntimos.



Edificio de la Escuela de Comercio coruñesa, en los años cincuenta. / la opinión

También había muchos alumnos que se desplazaban andando desde sus casas -en la Ciudad Vieja, Monelos o Santa Margarita- por lo que debían limpiarse los zapatos antes de salir de casa y antes de entrar en la escuela, ya que tenían que atravesar terrenos que eran un auténtico barrizal.

Con ocasión de una subida desmesurada del precio del tranvía, los alumnos de los centros de la Ciudad Escolar decidimos ir en manifestación desde Riazor hasta el Gobierno Civil. Al llegar allí, los guardias empezaron a perseguirnos y tuvimos que escaparnos por los jardines de Méndez Núñez.

En aquella antigua Escuela de Altos Estudios Mercantiles, estudiaban los jóvenes que pensaban dedicarse a un trabajo mercantil, muchas veces en el negocio familiar, o bien opositar a la banca o a algún otro organismo. El plan de estudios era de cinco cursos y Reválida, superada ésta se obtenía el título de Perito Mercantil, válido para muchas oposiciones. Otros continuaban tres años más para obtener el título de Profesor Mercantil, con lo que nos pasábamos ocho años de nuestra juventud encerrados en aquellas aulas.

Una de las características singulares de aquella etapa era que las enseñanzas -excepto la gimnasia- eran mixtas, de modo que era el único centro oficial que lo hacía en aquellos años. En comparación con el Instituto aquello era una verdadera universidad. Muchos profesores no pasaban lista en todo el año, ni hacían exámenes con regularidad y cada uno de nosotros hacía lo que mejor le parecía. Estudiar, tomar el sol o latar para asistir a los entrenamientos del Deportivo de los Amancio, Veloso y Jaime Blanco. Claro que así nos podía ir al final de curso, cuando llegaban las papeletas.

No obstante, salíamos de la Escuela con una buena formación generalista y un excelente bagaje técnico (contabilidad, cálculo, taquigrafía y mecanografía, etc.) Muchos de nosotros tuvimos muy fácil la incorporación al trabajo con las abundantes oposiciones que en aquellos tiempos convocaban los bancos, la Caja de Ahorros, Fenosa, o la Cámara de Comercio.

En esos primeros años de estudios de peritaje, desde los diez a los quince, fueron muchas las experiencias y emociones vividas. Desde el aprobado general por la jubilación del catedrático de Gramática, el señor Pedregal, en primer curso, hasta los exámenes orales de la Reválida y la excursión de fin de estudios a Portugal.

Recordamos también con cariño a aquellos profesores mas emblemáticos: Dopico, un pluriempleado que daba clases también en Náutica y Magisterio. El profesor de dibujo Cabrera, que nos enseñaba las técnicas

del dibujo publicitario. Montells que nos inspiraba un gran respeto con sus clases de Derecho. Don Fernando Urgorri, un sabio historiador que nos contaba batallitas del imperio persa, Cartago o las guerras púnicas.

Personalmente guardo un gran aprecio por Miguel Castelo, nuestro profesor de inglés y por Moncho Docal, que nos examinaba de logaritmos. Pero también tenemos todos un gran recuerdo de las clases de Geografía económica que impartía Chicha Lens, con sus métodos de exámenes orales y de proyecciones semanales de documentales que le proporcionaban las embajadas y que nos permitía, con doce o trece años, conocer otras partes del mundo.

Una de las peculiaridades de esta profesora es que tan sólo concedía el 3 como nota máxima y que daba comodines a quienes sorprendía en alguna ocasión sin saberse los temas que exigía en sus exámenes.

Otros profesores de los que aún guardamos recuerdo son Eugenio Rivas, que nos enseñaba Contabilidad con Julia, su ayudante, así como de Celia, la profesora de Ciencias, que era muy joven y muy guapa, por lo que los chicos nos quedábamos embobados con ella.

Uno de los profesores que dejó su impronta en la escuela fue Hervás, ya que nos advirtió de que era aconsejable que fuéramos a su clase a las ocho de la mañana, a pesar de que comenzaban a las diez, puesto que lo consideraba necesario para que aprendiésemos los conocimientos incluidos en la asignatura de Economía.

Al final, impartió todo el temario del curso en sólo tres meses y, por si fuera poco, en junio nos hizo creer que había suspendido a la mayoría de la clase, por lo que nos pasamos estudiando todo el verano. Al llegar al examen de septiembre, Hervás ya había abandonado la escuela y su sustituto nos aseguró, ante nuestra sorpresa, que casi todos estábamos aprobados.

Otros personajes de la escuela a los que recordamos con cariño eran Purita Sánchez, la responsable de la secretaría, así como Ángel y Domingo, los bedeles, por quienes sentíamos un gran respeto, ya que eran los encargados de repartir las notas subidos en un banco mientras nosotros las esperábamos sudando.